

***LA NUEVA MASCULINIDAD DE SIEMPRE. CAPITALISMO, DESEO Y
FALOFOBIA***, ANTONIO J. RODRÍGUEZ, BARCELONA, ANAGRAMA, 2020,
240 PÁGINAS¹

OIER QUINCOCES

oier.quincoces@ehu.eus

UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO UPV/EHU

Que la masculinidad es un tema de actualidad es evidente, entre otras cosas, no solo por el lugar central que las cuestiones de género han ocupado en el debate público de un tiempo a esta parte, sino por la gran cantidad de literatura que, más allá de los cauces puramente académicos, se ha escrito al respecto en los últimos tiempos. Es el caso de títulos como *Nuevos hombres buenos* (2017) de Ritxar Bacete, *El hombre que no deberíamos ser* (2018) de Octavio Salazar o del libro que nos ocupa.

En *La nueva masculinidad de siempre* (2020), texto escrito a la luz del nuevo auge del feminismo en nuestra sociedad y de un cuestionamiento cada vez más acusado del privilegio masculino, Antonio J. Rodríguez, según se lee en la contraportada, «explora los modos en que la experiencia masculina busca dar respuesta a los desafíos que convenientemente la discuten en nuestro tiempo». Dicha exploración tiene lugar a lo largo de doce capítulos en los que se tocan temáticas y áreas tan diversas como la economía, el deporte, la cultura popular o las relaciones afectivo-sexuales.

El primer capítulo, titulado «Eslalon sobre el deseo», trata precisamente la idea del poliamor como alternativa a la territorialidad y los juegos de poder en los que se basan las relaciones monógamas tradicionales, en las que no se concibe el deseo como una realidad

¹ Este trabajo ha sido posible gracias a una beca predoctoral para la formación de personal investigador otorgada por la Universidad del País Vasco UPV/EHU.

plural, algo que para el autor es impensable a día de hoy: «si como miembros de sociedades modernas toleramos el libre flujo de conciencia libidinosa, ¿por qué entonces consideramos una traición la proyección del amor hacia un cuerpo?» (16). No obstante, lejos de aportar nociones que permitan al lector entender el poliamor como una forma viable y sana de gestionar los afectos, el texto se limita a comparar ambos modelos, el monógamo y el plural, únicamente en términos cuantitativos y a señalar una dependencia emocional común a los dos. De hecho, que la infidelidad se presente como un constructo del heteropatriarcado no implica que una relación abierta esté desligada del mismo, pudiendo dar lugar a nuevas formas de dominación de las que no se habla en el texto.

«Suma cero», segundo capítulo del libro y quizá uno de los más significativos, problematiza el concepto de *nueva masculinidad* y lo distingue de la lucha feminista, a la que no siempre va ligado. Si bien es cierto que han surgido nuevas sensibilidades masculinas que abogan por la igualdad y asumen la deuda histórica contraída con la mujer, también lo es que la masculinidad hegemónica ha encontrado nuevas vías para asegurar su pervivencia, mediante el refinamiento y la sofisticación de algunos de sus postulados, sin renunciar por ello a las más tradicionales, puestas al día por una extrema derecha —la llamada *alt-right*— que se apoya en la reacción beligerante de determinadas capas de población ante la perspectiva de una nueva quiebra, la del género, unida a la económica. Así pues, hay un problema, como se hace ver en el texto, cuando se habla de *nuevas masculinidades* en general, como de una categoría que engloba cualquier alejamiento —por ligero y superficial que sea— de la norma patriarcal, pues en muchos casos esa nueva masculinidad sigue siendo la de siempre.

Una vez planteada esta cuestión, se esbozan algunas de las tensiones y fracturas con las que tiene que lidiar el feminismo en la actualidad, como el carácter conservador y reaccionario de ciertas facciones o su tendencia a excluir a otros colectivos y movimientos de su lucha. Dentro de estos obstáculos, Rodríguez también incluye todo ese aparato discursivo, procedente en gran medida de determinados sectores de la izquierda, que concibe el feminismo como una suerte de «políticas de la diferencia» cuya consecuencia directa es la «atomización del progresismo» (30) en beneficio de la derecha. Presentar y cuestionar estas

divergencias es ya de por sí relevante, pero es posible que el lector eche en falta una contextualización, por breve que sea, de las consecuencias sociales que implican².

En cuanto al tercer capítulo, «Travesía del desierto», el autor pone en paralelo la deriva de la masculinidad ya aludida con la deriva económica a través de la figura del hombre de negocios y de sus diferentes manifestaciones tanto en la ficción como en la realidad: desde el *yuppie* de *American Psycho* o el gurú de las finanzas de *El lobo de Wall Street*, representantes de «una masculinidad que no es capaz de controlarse a sí misma» (42), hasta los grandes directivos de hoy, que ven en la disciplina y el autocontrol el camino a una mayor productividad, o visionarios de nuestro tiempo, como Steve Jobs o Elon Musk. En el caso de estos últimos se suele destacar su capacidad de sacrificio, su particular «travesía del desierto» (48) hasta el éxito, narrativa que Rodríguez extrapola a ámbitos como el deportivo o el literario, presentándonos otros ejemplos del ya manido «hombre hecho a sí mismo», como Rafa Nadal, LeBron James o Gabriel García Márquez, quien tuvo una vida precaria y casi conventual en sus inicios como escritor. Sin embargo, y esta es la clave del capítulo, estos grandes relatos de superación rara vez hacen referencia a las redes de apoyo que los hicieron posibles. En el caso de García Márquez, no hay que olvidar que fue gracias a su esposa, Mercedes Barcha, quien llegó a empeñar sus joyas familiares, que *Cien años de soledad* pudo ver la luz. Por no hablar del resto de labores y cuidados que permitieron a la familia salir adelante y al propio García Márquez seguir escribiendo. Ejemplos así abundan en nuestra historia literaria (Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, Julio Cortázar y Aurora Bernárdez, Vladimir y Vera Nabokov, etc.) y dan fe de una desigualdad estructural que reconoce el sacrificio de unos y da por hecho el de otras: «desconocer lo que tu mujer ha hecho por tu escritura no habla bien de ella, sino muy mal de ti» (51).

Acto seguido, en «Chulería», se aborda la música urbana, más concretamente el hiphop y el rap, géneros marcadamente masculinos, pero que también han experimentado su propia evolución y que integran otras problemáticas como la discriminación racial. En ese sentido, el autor parte de estéticas y artistas diferentes dentro de dichos géneros para tratar ciertos elementos (el culto al cuerpo, el consumo de alcohol y otras drogas, la ostentación

² No hay más que pensar, por ejemplo, en la radicalización del discurso transexcluyente en los últimos tiempos y en lo mucho que han coincidido al respecto ideologías políticas supuestamente antagónicas.

Oier Quincoces (2022): «La nueva masculinidad de siempre. Capitalismo, deseo y falofobias», Antonio J. Rodríguez, Barcelona, Anagrama, 2020, 240 páginas», *Cuadernos de Aleph*, 14, pp. 181-186.

del lujo, etc.) que han sido, en mayor o menor medida, determinantes a la hora de proyectar una masculinidad muy concreta, alentada con frecuencia por la propia industria musical.

Los siguientes dos capítulos se desvían un tanto del tema principal del ensayo. Mientras que el quinto se centra en el rol que actualmente desempeñan los medios y las redes sociales en el mundo intelectual y literario, el sexto es una entrevista a María Riot, activista y trabajadora sexual argentina, en la que, más que una valoración del papel de la prostitución en la construcción de la masculinidad, se plantea una postura contraria al denominado «feminismo abolicionista» (95), que aboga por la supresión del trabajo sexual.

El capítulo siete, por su parte, gira en torno a la imagen, la apariencia y la exhibición de uno mismo, aspectos por los que el hombre medio comienza a interesarse más a partir del auge de las redes sociales, si bien ya existía la figura del dandi, que aunaba «coquetería y subjetividad masculina» (106). Esta premisa permite a Rodríguez introducir sus reflexiones sobre el selfi, el lujo, la moda o el consumismo, algo alejadas también de la que debería ser la línea general del libro.

En lo que respecta al capítulo ocho, «Masculino singular», incluye algunas consideraciones sobre la paternidad, siendo además el que más elementos autobiográficos incorpora, ya que el autor también habla de su experiencia como padre. Del mismo modo, y partiendo una vez más de elementos de la cultura popular, Rodríguez contrapone dos modelos de hombre muy vinculados a la heterosexualidad: el padre de familia y el *playboy*. Mientras que este último goza de un descrédito cada vez mayor, el primero se encuentra en un momento de revalorización, e incluso idealización (136), debido en parte a la consolidación de la mujer en el mundo laboral, lo que ha desembocado en un ejercicio más activo de la paternidad. Esta situación plantea otra serie de cuestiones aludidas por el autor, pero sin tratarlas en profundidad, como la desigualdad laboral o la distribución de los cuidados. Por último, se ahonda en la razón de ser de esta *nueva paternidad*, que en ocasiones es vista como un ejercicio de vanidad guiado por una voluntad de trascender a través de los hijos.

El tramo final del libro lo conforman tres capítulos centrados en la violencia y sus diferentes dimensiones, sobre los que se volverá a continuación, y un capítulo final, «Retratos disidentes», compuesto de varias conversaciones con «distintas creadoras y amigas», que pretende funcionar al mismo tiempo como «ensayo colectivo» y como «colección de retratos de una época» (199), doble objetivo que solo se cumple en parte. Y es que, si bien pueden

ser interesantes las vivencias y posturas de Elizabeth Duval, Anna Pacheco o Rubén Serrano, la mayoría de estas conversaciones no hacen referencia a la masculinidad, sino que se limitan a presentar ideas sueltas que no guardan demasiada relación con el conjunto del ensayo.

Volviendo ahora a los tres capítulos previamente mencionados, los referentes a la violencia, el primero de ellos, cuyo título es «Víctimas pero verdugos», trata sobre la violencia ejercida desde los márgenes, esto es, desde posiciones discriminadas. Rodríguez engloba aquí tipos de violencia tan dispares como el terrorismo yihadista, la matanza de Columbine en Estados Unidos o los atentados obra de los llamados *incel* o «célibes involuntarios», hombres que, no encontrándose en el centro de la masculinidad hegemónica, tampoco logran mantener relaciones sexuales con mujeres, lo que desencadena actitudes misóginas y violentas por su parte, como una suerte de restauración de la virilidad perdida.

El temor a dicha pérdida, la de los privilegios de género, también alimenta otro tipo de violencia, la discursiva, a la que se hace referencia en el siguiente capítulo, y que se basa en «señalar los atropellos cometidos en nombre de la igualdad» en lugar de «sus propiedades emancipatorias» (162). Igualmente, el texto pone sobre la mesa el debate, a raíz del #MeToo, de la posibilidad de separar obra de autor, así como las formas en que el llamado «neomachismo o posmachismo» (161) trata de deslegitimar cualquier respuesta a la desigualdad.

Por último, en «Ultraviolencia en la frontera», se recogen varios episodios de violencia hacia mujeres de países subdesarrollados o en guerra, lo que permite corroborar lo afirmado por Rodríguez unas páginas antes: «[...] la violencia machista es absolutamente transversal a todas las razas, a todas las religiones y a todas las clases sociales» (180-181).

No obstante, es necesario ir más allá y señalar que la violencia opera a diferentes escalas y que al hecho de ser hombre o mujer pueden sumársele otros condicionantes (raza, clase, orientación sexual, etc.) que contribuyen a agravar o mitigar dicha violencia. Por tanto, no se trata únicamente de una categoría transversal, sino acumulativa. Esto es, precisamente, a lo que apunta el concepto de *interseccionalidad* acuñado por Kimberlé Crenshaw, planteamiento que no termina de reflejarse en el presente ensayo. Está muy bien que se dé voz a María Riot para que el lector tenga otra visión de lo que puede ser el trabajo sexual, pero sus circunstancias no son las mismas que las de, por ejemplo, las mujeres de las que se habla en el capítulo once, refugiadas o residentes en países devastados —algunas de ellas trans— que se ven obligadas a ejercer la prostitución para subsistir. Rodríguez presenta estas

dos coyunturas, pero no las conecta entre sí ni las sitúa dentro de lo que es una realidad mucho más compleja, hecho que se aprecia en comentarios como este, reduccionista y problemático cuanto menos:

En un entorno capitalista como el nuestro, bloquear las vías de acceso al mercado de trabajo por simples criterios de moralidad subjetiva es coartar libertades. Lo que para unos es “vender el cuerpo”, para las trabajadoras es “prestar un servicio”; lo que para unos es ponerse al servicio del patriarcado, para ellas es hacer jiu-jitsu con él (36).

Con todo, *La nueva masculinidad de siempre* es un libro de actualidad en muchos aspectos, no solo porque toca temas, episodios y debates muy presentes en el día a día, sino por la diversidad de las referencias culturales que maneja, desde las puramente literarias o académicas hasta otras más populares (cine comercial, series de televisión, música urbana, etc.). Asimismo, en lo que a la literatura se refiere, aporta alguna consideración interesante a propósito de la imagen autorial, como la inoperancia del mito del escritor como misántropo, figura romantizada en el pasado por comportamientos que hoy se considerarían despreciables o producto de una virilidad obsoleta (50, 89). Sin embargo, y este es el principal problema del ensayo, la pluralidad de conceptos, ideas y perspectivas que ofrece no se corresponde con un desarrollo lo bastante profundo de los mismos, lo que llega incluso a desviar el foco del tema principal. Además, no se proporcionan unas conclusiones sólidas que permitan entender a dónde quería llegar el autor y se nota la ausencia de un análisis más detallado y coherente de los términos que, a fin de cuentas, constituyen el título de la obra.